

Como se ve, el proceso de degradación impuesto por el materialismo ateo o mejor dicho por las minorías que lo usufructúan, es, además de inteligente y coherente, totalmente inverso al querido por el Creador. Éste creó al hombre con barro, que es manera de decir con materia, con la misma materia de que estaban hechos el mineral, el vegetal y el animal, insuflándole espíritu para distinguirlo de los demás seres de la Creación. Que esto haya ocurrido en un momento o en miles de millones de años a través de la evolución cósmica, no es esencial. Lo que sí es esencial para la comprensión de esta concepción del universo, es que por el espíritu el ser humano había de elevarse a la condición de hombre y desde ella ascender a la dignidad de persona humana, o sea, de centro consciente, responsable, autónomo, de pensamiento, emoción y obra. Éste y no otro debió ser el sentido de la creación del hombre "a imagen y semejanza" de Dios. Bien puede verse que se trata de un proceso ascendente, de un proceso de perfeccionamiento y personalización: de perfeccionamiento para llegar a ser persona y de personalización para perfeccionarse a sí mismo y perfeccionar y embellecer —modo especial de perfeccionar— la obra del Creador y la suya propia, la obra humana.

El proceso del materialismo ateo lleva dirección absolutamente contraria: impedir que el ser humano como hombre particular y la humanidad como hombre conjunto en su totalidad lleguen a ser personas —persona particular, persona familiar, persona institucional, persona popular, persona continental, persona universal—, rebajando al ser humano de su calidad de hombre cuando la hubiere alcanzado, a la condición de masas en la que vegeta la mayor parte, manteniéndolo en este último estado que es el que menos se parece al hombre y más se parece a una cosa. Es el proceso de cosificación del ser humano, el proceso de deshumanización, el proceso que conduce a la destrucción del hombre. El proceso de destrucción del hombre es el proceso contrario al de su creación y, por consiguiente, el de su posible perfeccionamiento como ser creado a imagen y semejanza del Creador.

Dijimos que era llegada la hora de apartarnos del lenguaje eufemístico contenido en la expresión "materialismo ateo" y de señalar su encarnación en el hombre contemporáneo.

Estamos sobre la tierra y entre vivientes. El espíritu del materialismo ateo no reina sin duda en el mundo como fenómeno de la naturaleza física sino como hecho de la naturaleza humana. Para que esté sea posible en términos de realidad concreta y tangible, el hecho espiritual ha de estar encarnado. Requiere seres humanos que lo programen y lo promuevan. Es un fenómeno de hombres entre hombres. El materialismo ateo no opera sino

a través de hombres materialistas y ateos. Como todo hecho o fenómeno cultural ha sido creado por el hombre y habría perdido vigencia y desaparecido en las sombras del pasado para convertirse en hecho histórico al no encontrar a otros hombres vivientes que lo alienten, lo alimenten y lo propaguen. Si hoy es una característica de la cultura mundial es porque la mayoría de cuantos pertenecen a esa cultura lo han incorporado a su vida. Caso contrario solamente caracterizaría a los integrantes de una cultura particular, no a la cultural universal. Así fue ayer al caracterizar al hombre fástico de Occidente frente al hombre espiritualista del Oriente. Pero no ocurre del mismo modo en la actualidad. Los hasta ayer espiritualistas orientales no son hoy menos materialistas y ateos que los occidentales. Las grandes masas del planeta entero constituyen la encarnación contemporánea de la mentalidad materialista y atea en su forma pasiva. Mas el modo pasivo de la encarnación del espíritu del materialismo ateo en las masas de la humanidad del presente, difiere del modo activo que distingue a su minoría dirigente. Ésta constituye la reducida parte consciente, premeditada y alevosa, que sabe bien de qué se trata y aprovecha este saber. Tan lo sabe bien, que programa cuidadosamente sus objetivos y el modo de lograrlos. Conoce el porqué, el para qué y el cómo de sus designios. Es la minoría compuesta de gobernantes y políticos corruptos y perversos, de sacerdotes sensualizados, de fabricantes de armas, drogas y abalorios, de industriales, comerciantes y profesionales metalizados, de científicos sobornados, de técnicos y tecnócratas ambiciosos y soberbios, de terratenientes —todavía existe esta especie antediluviana cuya sola existencia determina su incorporación a la minoría destructora sin necesidad de calificación—, de líderes sindicales y aburguesados y traidores, de burócratas despóticos, de militares mandones, de policías torturadores, de escritores de la desmoralización, la pornografía y la violencia, de intermediarios voraces, de periodistas del escándalo y el sensacionalismo, de cuantos, en fin, dejaron de venerar a Dios y servir al hombre para venerar al dinero, el poder, el sexo o el interés creado y despreciar al prójimo. Es la casa de los servidores del mal en la tierra, los émulos del ángel de tinieblas.

Aunque para muchos, para la gran mayoría de esa inmensa mayoría de mortales suene a conseja, a oscurantismo, a superstición, el mundo se debate en una gigantesca lucha entre el bien y el mal, entre las fuerzas al servicio del hombre y las fuerzas que lo vienen destruyendo. La minoría materialista y atea que gobierna el mundo y la humanidad para provecho propio —ninguno de sus integrantes actúa desinteresadamente— y daño de la humanidad misma, representa el espíritu del mal.

Destruir al hombre no consiste únicamente en matarlo físicamente en la



guerra, la guerrilla, el atentado terrorista o la tortura. Existen otros mil modos de destruirlo en vida, sea envenenándole el alma, sea arrebatándole la alegría de vivir, sea derrocando sus esperanzas, sea sembrando odio en su corazón, sea cultivando su vanidad, su egoísmo, su menosprecio del semejante, sea movilizándolo para amoralizarlo primero y después inmoralizarlo, sea convenciéndole de su definitiva impotencia para combatir el mal que se ha enseñoreado del mundo. Esta postrera es la más sutil y ponzoñosa manera de destruirlo. Cuando el último hombre haya sido ganado por esa convicción, cuando el último ser humano haya renunciado a luchar por su condición humana en medio de una humanidad convertida en manada de rinocerontes como en la pieza de Ionesco, las fuerzas del bien, las que aún en este sucio ocaso universal quisieran continuar la lucha a favor del hombre, habrán quedado definitivamente derrotadas y el mal habrá asegurado su imperio inmovible y perdurable sobre la faz del planeta.

Hacia esa meta se encamina aceleradamente la humanidad. Pareciera que nada ni nadie fuera capaz de impedir que se despeñe al llegar a ella. La alternativa que ofrece el materialismo ateo estriba en un error que hiciera estallar la tierra en mil millones de pedazos antes de alcanzar aquella meta. Armas nucleares con una fuerza explosiva equivalente a diez toneladas TNT por cada humano viviente, según George Wald, profesor de biología en Harvard, lo que significa unos cuarenta mil millones de toneladas de dinamita o, lo que es lo mismo, unos cuarenta billones de kilos de dinamita, no parecen insuficientes para devolver nuestro planeta en partículas al espacio donde se formó como astro del sistema solar al que pertenecemos. Tal es el cálculo del potencial destructor acumulado en la actualidad. Infiérase el que será dentro de diez, veinte o cincuenta años de perfeccionamiento de semejante poder de destrucción.

Japón, que sufrió el primer bombardeo atómico, eleva en un ciento por ciento su presupuesto de defensa, estimado en quince mil millones de dólares para su cuarto programa quinquenal. Lord Carrington, Ministro de Defensa de Gran Bretaña, anuncia el establecimiento de una fuerza nuclear aliada con armamento francés e inglés. Al alcanzar la Unión Soviética el nivel de Estados Unidos en materia de cohetes intercontinentales con ojivas atómicas múltiples, el Secretario de Defensa de Estados Unidos se ve obligado a decir: "Ahora quedan lamentablemente reducidas las posibilidades de un acuerdo sobre tales armamentos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética". Para restablecer tales posibilidades, el presidente Nixon no hallará mejor fórmula que la de hacer a su país militarmente omnipotente, puesto que "estar preparados para la guerra es uno de los medios más efectivos para preservar la paz". Cuarenta años antes Adolfo Hitler tenía dicho algo extraña-

mente parecido. Naturalmente Nixon se refería a cierta paz, no a la paz; en la que Estados Unidos conserve la mayor fuerza bélica y a su amparo continúe imponiendo su dominio sobre el mundo, pacífica concepción que no parece convencer a los dirigentes soviéticos ni a los conductores chinos ni tampoco conformar al resto del mundo. India hace estallar su primera bomba atómica y se escuda alegando que solamente costó 200,000 dólares, cantidad con la que pudo dar satisfacción al desafío que experimentaron sus científicos en medio de la muerte por hambre de millares y millares de compatriotas de esos mismos científicos y del político que alegó dicha razón. Israel, aparte de poseer bombas atómicas, inventa el cohete Libélula que busca rayos infrarrojos que emiten las cámaras de combustión de los reactores y cuesta únicamente 19,000 dólares, suma al alcance de cualquier grupo de guerrilleros secuestradores, en tanto el columnista Murlo Melo avisa que Brasil tendrá su propia bomba atómica "antes de lo que se esperaba", aviso que estimula a un legislador argentino a proponer que su país, que es el nuestro, también fabrique la suya.

Entre tanto, el canciller salvadoreño se opone a principios de 1974 a la propuesta peruana de congelar las compras de armamentos en América Latina, considerando que ello constituiría "una ingerencia en la soberanía de los Estados", soberanía jamás invocada por ningún país para oponerse a recibir del exterior dólares, alimentos, medicinas u otras formas de ayuda en caso de necesidad, sobre todo en los de desastre o catástrofe nacional. El embajador de México ante las Naciones Unidas hace saber que en 1962 se despilfarró en el mundo en gastos militares la fabulosa suma de 120 mil millones, sustrayéndose así un 70% más de los recursos que debieron aplicarse al desarrollo de los pueblos.

Las estadísticas revelaron que entre 1961 y 1971 los 120 países considerados económicamente más importantes habían gastado en compras de armamentos y establecimiento de sistemas militares la suma de 22 billones de dólares, mientras en 1970 el mundo había destinado a la salud pública 80 mil millones de dólares, suma equivalente al 40% de los 200 mil millones gastados en armas y sistemas militares, correspondiendo de esta última cantidad el 14% a los países "en vías de desarrollo". Esos mismos países recibieron 3.30 dólares por habitante en concepto de ayuda económica del exterior (nadie alegó ingerencia en la soberanía de los Estados) y gastaron tres veces más —10 dólares por habitante— en sus programas militares (*Excelsior*, octubre 28 de 1972). Con agresiva razón el Secretario General de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim expresó al inaugurar en abril de 1974 la conferencia sobre materias primas y desarrollo que duraría tres semanas, refiriéndose a los dos problemas más graves que encara la humanidad



de hoy, que en ese lapso nacerían 4 millones de seres humanos y las naciones poderosas gastarían 14 mil millones de dólares en armamentos. Omitió el primer problema en gravedad: que en esas tres semanas morirían de hambre 30 mil seres humanos.

Tales monstruosidades vienen a confirmar las consecuencias nefastas de la reducción de la esfera científico-técnica al ámbito de la materia y su rígida neutralidad. Semejantes reducciones y prescindencia no fueron concebidas ni establecidas por los dirigentes del materialismo ateo, como acaba de verse, en vista de efectos puramente teóricos, asépticamente científicos, sino con el propósito de gobernar el mundo a través de la ciencia y la técnica científica así reducidas y desconectadas. La inteligencia y la coherencia de la maniobra resultan patentes: impotente el campo de la materia para dar respuesta a las dos cuestiones de mayor importancia para la humanidad —las cuestiones del “porqué” y el “para qué”— los dirigentes del materialismo ateo estaban en condiciones de atribuirles, sin el menor obstáculo, sus propios porqué y para qué, unificados en un solo y definido ideal: la dominación del mundo.

Tanto para alcanzar ese objetivo como para mantenerlo, es de estricta necesidad evitar interferencias de los restantes ámbitos de la esfera y las otras esferas culturales. A la atención de este requisito se consagrarán los dirigentes del materialismo ateo con toda la fuerza de sus intereses mucho más que con la firmeza de sus supuestas convicciones ideológicas.

La concepción fundamental de Marx se articula sobre los intereses materiales de índole básicamente económica y sentido utilitario. A la dialéctica de esos intereses, Marx sumó la lucha de clases como elemento definidor de dicha dialéctica. Los marxistas-leninistas que a partir de la revolución roja de octubre de 1917 encabezan el materialismo ateo en lo que hoy se denomina el “segundo mundo” y que tal como se desarrollan los acontecimientos políticos van camino de ocupar el primer lugar, no se conforman con el ateísmo nominal resultante de una actividad pasiva o tibia. Exigirán el mayor fervor combativo. La revista soviética *Ciencia y Religión* de mediados de 1972 difundió estas desaprensivas afirmaciones: “No podremos desempeñar nuestra tarea primordial, que consiste en preparar a los jóvenes a participar de modo activo en la construcción del comunismo, si no llevamos a cabo con inteligencia (repárese en el uso preciso y oportuno de la palabra inteligencia que ello entraña) y activamente la lucha contra la concepción religiosa del mundo”. A confesión de parte, relevo de prueba. Más aún: “Un hombre puede muy bien no creer en Dios sin tener por ello profundas convicciones ateas”. La confesión es clara, precisa y concordante.

Reúne todos los requisitos procesales para constituir plena prueba. No basta no creer en Dios. Es absoluto necesario creer en el anti-Dios. En términos cristianos, no es suficiente haber dejado de creer en Cristo; es forzoso creer en el anticristo. Según la tradición cristiana, el anticristo es el hombre diabólico y perverso que aparecerá en la Iglesia de Cristo y sus fieles. Poco antes de aquella confesión soviética, una encuesta organizada por la cátedra de ateísmo del Instituto Pedagógico de Kiev había revelado que solamente uno de cada cuatro jóvenes interrogados se consideraba ateo activo; los otros tres se manifestaron más o menos indiferentes ante la cuestión de la religión.

Tienen razón los dirigentes soviéticos: no podrán dominar el mundo mientras no hayan dominado la mente y el corazón del hombre, sobre todo de la juventud, empezando por la propia, sin descuidar la ateización del resto de la humanidad. Para lograrlo es preciso aniquilar todo vestigio de religiosidad, la que comprende desde la fe en la existencia de Dios hasta la creencia —se lee en la revista citada— en una “causa última del origen del universo”.

Inteligentes y coherentes, los dirigentes soviéticos no admiten otra causa del universo que la materia. En consecuencia, la ciencia de la materia será la llamada a explicarla. Mas como la ciencia de la materia no puede proporcionar explicación alguna acerca del origen del universo, que sea algo más que una teoría o una hipótesis, los dirigentes marxistas le atribuirán su propia explicación del “porqué” fueron creados el mundo, la vida y el hombre. Inteligentes y coherentes, pondrán especial empeño en ateizar junto a la juventud, a sus fuerzas militares, brazo armado de la guerra santa contra el teísmo. Todos recordamos las famosas instrucciones que en ese sentido les impartieron hace algunos años.

En el mundo capitalista, llamado el “primer mundo” por los materialistas del sector no comunizado, el proceso de ateización es proseguido con no menor inteligencia y coherencia por otra vías que llevan a la misma meta. La línea material y utilitaria venía tendida de mucho tiempo atrás. Un párrafo de D. K. Price lo clarifica:

*“Las similitudes afloran con particular nitidez si se parangonan los fines de la Royal Society, fundada por los discípulos de Bacon en 1660, con los de la Sociedad Filosófica Norteamericana fundada en 1763 por Benjamín Franklin. Los objetivos de la sociedad norteamericana que daron expresados en ‘A Proposal for Promoving Useful Knowledge’ (una propuesta para promover el conocimiento útil de Franklin, que*



*“hacia hincapié en ‘Experimentos que proyectan luz sobre la naturaleza de las cosas, tienden a aumentar el poder del hombre sobre la materia y multiplican las comodidades o placeres de la vida’. Este plan compartía el espíritu de los designios anteriores de la Royal Society, tal como Robert Hooke los había definido en 1663. Pretendía evitar la filosofía dogmática, o ‘la explicación de toda clase de fenómenos cuya producción debe atribuirse a causas originales (mientras no sean explicadas por el calor, el frío, el peso, la forma y demás causas análogas, como efectos producidos por ellos)’; y ocuparse de manufacturas, prácticas mecánicas, motores e invenciones mediante experimentos.”*

La filosofía de Franklin no fue otra cosa que la antifilosofía del materialismo. Nada de causas originales que no sean las de la materia. Lo importante será el conocimiento de la naturaleza de las cosas. El hombre sólo será tenido en cuenta a los fines del aumento de su poder sobre la materia para lograr mayores comodidades y placeres. Dios y el hombre espiritual serán arrojados a las llamas. La nueva inquisición del materialismo ateo cobraba sus más grandes víctimas, las primeras y principales. Solamente quedaría con vida el semihombre productor y consumidor de manufacturas, creador de técnicas mecánicas y de motores. El monstruo ideado por el científico Frankenstein llamará “esclavo” a su creador, a quien dirá: “Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo... ¡Obedece!”. Tiempo después los robots de Capek gobernarían el mundo.

En Rusia funcionan cátedras de ateísmo, pero en el mundo no comunicado son escasos los países en los que funcionan cátedras de religión o cristianismo en sus establecimientos estatales de enseñanza, gran parte de ellos bajo regímenes dictatoriales que niegan la libertad espiritual que es el sustento de la religiosidad. Otros dioses ocupan el lugar de Dios. En la nueva mitología destacan el dinero, dios del lucro, y la máquina, dios del poder. Ambos caracterizan al capitalismo, en el cual ha de ser incluido el llamado neocapitalismo que no es sino su expresión contemporánea. El denominado tercermundismo es tan materialista y ateo como el capitalismo y el comunismo marxista-leninista. Dentro de ese tercer sector queda involucrado, salvo raras excepciones, el militarismo tecnocrático que estudiamos en Homocracia.\* Quien adora la materia y sus supremos símbolos modernos, el dinero y la máquina, o cualesquiera de las dos, no venera a Dios aunque afirma que lo adora. El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) condenó en

\* “Homocracia”, *ob. cit.*, p. 202/223.

Lima en Marzo de 1974 tanto el capitalismo como el neocapitalismo y el comunismo. También condenó implícitamente todo gobierno dictatorial, incluso el militarismo tecnocrático, al expresar que el cristianismo lucha por “preservar la dignidad del hombre, su libertad de participación, la realización plena de la criatura humana y la salvaguarda de sus derechos”. Homocracia suma a esa lucha el deber de participación activa y permanente del hombre en la decisión de su destino y el cumplimiento de sus obligaciones particulares y sociales. No hay derecho sin deber.

Afirma Vallois que el conocimiento del “porqué” evolutivo del hombre es el problema fundamental de la hominización, proceso que proferimos llamar de homonización para no limitarlo al aspecto del hombre conjunto que sugiere el elemento “homini”, proceso que en política llamamos de homocratización. Con esta salvedad, compartimos la afirmación de Vallois.

Según sea el “porqué”, serán el “como” y el “para qué”. A fin de imponer su propio “para qué” —el dominio del mundo— los dirigentes del materialismo ateo despojan al “como” (la ciencia y la técnica) de toda posibilidad de determinar o de concurrir al menos a la determinación del “porqué” y el “para qué”, y luego de rechazar la explicación religiosa de la formación del universo (la causa última) y con la de éste la de la vida y el hombre, y la explicación filosófica del ser y con la de éste también la de la vida y el hombre, confían a la materia o mejor dicho a sus cultores, la determinación tanto del “porqué” como del “para qué”. Lo realmente importante para los dirigentes del materialismo es, a la postre, el “para qué”, que será determinado por su propia cosmovisión y, naturalmente, en su provecho exclusivo. El “para qué” último del materialismo es la destrucción del hombre como hombre. Un héroe de la mecánica lo denunció sin rodeos. En su testamento, Carlos Lindbergh nos dejó esta amonestación: “La mecánica y la velocidad son falsos dioses; a fuerza de adorarlos, terminarán por destruirnos”.

Antípoda de la concepción materialista y atea es la concepción homocrática del mundo, la vida y el hombre. Partiendo de la creación —obra del Creador—, determina tanto el “como” cuanto el “para qué”, cuyo sentido quedó aclarado al referirnos al espíritu del hombre y su universo propio: la cultura. El “porqué” de la concepción homocrática esclarece el “como” y el “para qué” de todas las esferas culturales y todas las creaciones particulares del hombre. Entre esas esferas está comprendida la científico-técnica; dentro de esta esfera particular hállanse contenidas todas y cada una de sus ramas, la política entre ellas; a su vez, dentro de la política encuéntranse involucradas todas y cada una de sus teorías y sus realizaciones.

La especial mención que hacemos de la política obedece al hecho de ser la